

subasamento, relevado por dos ménsulas flanqueantes, ostenta un bajo relieve con la figura del Padre Eterno en actitud de bendecir: imagen que se reproduce en la parte superior de dicho templo y le sirve de remate, pero en actitud distinta y con tiara en la cabeza. Ocupa la hornacina la representación de Ntra. Sra. en el misterio de su Concepción inmaculada, rodeada de ángeles y con la luna á los pies. Á uno y otro lado del templo vemos arrodillados, como en adoración, dos santos, uno de los cuales tiene entre los brazos un báculo abacial, mostrando el otro una bandera arrollada. No sé quiénes son, pero saldrá de dudas el que pueda encaramarse hasta ellos y leer una inscripción que entreveo esculpida en una larga filacteria que rodea á ambos.—La escultura de este claustro plateresco es toda de reminiscencias de los decoradores italianos del siglo de León X. Así como los tallistas imagineros de las épocas románica y gótica tomaban por modelos las obras que salían de los talleres del oeste y del centro de Francia, á tal punto que al mostrarte los relieves de los capiteles de la iglesia que acabamos de visitar, hubiera podido fácilmente indicarte las construcciones francesas donde se hallan los tipos primarios, y aun señalarte templos de Segovia, Ávila y Salamanca, fábricas de arquitectos borgoñones y aquitanos, en que se encuentran los originales de composiciones aquí reproducidas; de la misma manera, los escultores ornamentistas de los siglos del *Renacimiento*, siguieron en todos los países la vía abierta por los precursores de Juan de Udine, por este fecundo decorador de los frescos de Rafael y por sus discípulos, y repitieron los motivos que aquellos prodigaron en infinitas construcciones. Seguramente los geniecillos que vemos poblando los capiteles y repisas del claustro de Hirache no tienen la gracia adorable de los que pintó el Mantegna en el palacio de Mantua, ni pueden compararse los centauros y monstruos quiméricos que los acompañan con los que brotaban de la imaginación del Cellini, del Primaticcio y del Caradosso; pero descontando la diferencia del original á la copia, los motivos, las

combinaciones, las formas generales, los arabescos y sus elementos y cláusulas en suma, son los mismos.

Tiene este hermoso claustro en su parte alta una elegante galería en arcos de medio punto que voltean sobre esbeltas pilastras, la cual fué sin duda trazada con el intento de que estuviese abierta al aire y á la luz á la manera de una *loggia* florentina: hoy está en su mayor parte cegada, y afeada con algunas prosáicas ventanas casi tan anchas como altas, que le dan aspecto de hospital, cárcel ó cuartel, ó cosa semejante. En el centro del patio que forman las cuatro bandas del claustro, todo cubierto hoy de vegetación espontánea y enmarañada, hay una fuente de la cual no brota ya el agua cristalina que al monasterio bajaba del vecino Montejurra. Cuatro patios hay en esta gran casa monástica, y los cuatro tenían aguas abundantes de la misma procedencia, después de emplearse una gran parte del caudal que de la montaña derivaban los industriosos monjes, en el riego de las tierras y de la feracísima huerta que cae á espaldas de la iglesia.

Cuando, veintiun años há, visitamos por primera vez este famoso cenobio benedictino, el inmenso edificio parecía lo que en estilo de leyenda se llama un palacio encantado. Hallábase enteramente desierto, y nuestro guía, el párroco del vecino lugar de Ayegui, era el único viviente que con frecuencia lo recorría y registraba. Me equivoco, no era D. Manuel García el único sér viviente que vagaba por debajo de aquellas seculares bóvedas: las aves del monte inmediato se espaciaban á placer en sus solitarias naves y posaban en sus capiteles y cornisas, interrumpiendo con sus gorjeos y chirridos el solemne silencio de la gran ruina; y las gallinas de Guinea que criaba el buen clérigo menudeaban sus irrupciones en los anchos y soleados claustros, esquivando la estrechez del corral en que las tenía confinadas. Aquel benemérito anciano, seco y duro como una encina, pero ágil y activo como un montero, era á la sazón el solo mortal que se acordaba del desolado monasterio, medio hundido en muchas

de sus dependencias, y que tenía algún conocimiento del valor de aquella joya artística tan injustamente entregada al olvido. Legó en la antigua comunidad; después cillero; luégo ordenado *in sacris* y alumno en la Universidad de Hirache, en pasados tiempos famosa; más tarde, y á pesar de las sagradas órdenes que le ligaban al templo, voluntario de D. Carlos, el que inauguró la dinastía de pretendientes de este nombre, D. Manuel García había desempeñado su papel de cura guerrillero con más arrojo que buena suerte hasta el célebre abrazo de Vergara; y por último, vuelto al servicio del Santuario con un ojo menos y una desilusión más en el horizonte de sus aspiraciones, sin querer acogerse al convenio, logró que le diesen el curato de Ayegui, que desempeñaba con celo. Pero no olvidaba las fuertes emociones que había disfrutado en aquel episodio bélico de su vida, emociones que compartía con los dulces recuerdos del claustro y de la cilla, y así aprovechaba sus ocios, que no eran pocos, en adiestrarse á disparar la escopeta á zurdas, porque era el ojo derecho el que le faltaba, y en cuidar del destartado caserón monástico y del hermoso templo desierto, del que en cierto modo le habían permitido apoderarse después que compró las tierras y la hacienda toda del famoso monasterio el acaudalado pamplonés D. Benigno de Galarreta. Tan beneficiosa resultó esta intrusión del párroco de Ayegui, que él solo, abandonado á sus propias fuerzas, estuvo cuidando muchos años del decrepito edificio con el mismo esmero con que un buen hijo cuida de su padre achacoso y anciano; y oímos en la época en que nos deparó la suerte tan experimentado guía, que todo el producto que sacaba de su gallinero lo invertía, ya en retejar, ya en tapar grietas, ya en reponer baldosas rotas, en atajar en suma el progreso de los desperfectos que pudieran acelerar la destrucción de su amado cenobio.

Durante la guerra civil última, tuvo Hirache la buena suerte de que, á pesar de haber durado en Estella y sus contornos más que en todo el resto de Navarra los desastres consiguientes á

aquella tenacísima lucha, su fábrica, lejos de padecer, salió como renovada de enmedio de sus horrores. Consistió esto en que destinado Hirache á hospital de sangre del ejército carlista, un extranjero amante de las artes, M. Williams de Bourgade, conde de este nombre, que había acudido al campo de D. Carlos á ofrecerle desinteresadamente su espada, prendado de la belleza y majestad del edificio, á cuya defensa le destinaron, no sólo se consagró á cuidar de la buena asistencia de los heridos, sino que además se dedicó con inteligencia y perseverancia á la restauración del local, gastando en tan plausible obra más de 6000 duros.—No seré yo quien escatime el elogio al generoso desprendimiento de aquel andante caballero del siglo XIX, pero permítaseme deplorar que ya que la suerte deparó al maltratado monumento un amparador tan celoso, no hubiera allí quien le diese á conocer lo que fué Hirache en su prístino estado, para que la obra de reparación de la iglesia se completase de una manera digna de los nobles arranques del restaurador, y según las exigencias de la moderna ciencia arqueológica. De esta manera, quizá el hermoso templo románico-ogival hubiera recobrado el *triforium* que corría por encima de los arcos que abren paso á las naves laterales, cegado é inutilizado probablemente desde la mal aconsejada restauración del siglo XVI, y el desfigurado crucero hubiera recobrado su primitiva forma bizantina interior y exteriormente, sustituyendo á las conchas que hacen hoy el oficio de trompas de sostenimiento de una cúpula pobre y mezquina, las pechinas cuyos arranques se ven todavía en mal hora tronzados y sin uso, y sobre las cuales se debió alzar en lo primitivo un elegante cimborio cilíndrico coronado por una cúpula neo-griega, semejante á las que tanto realce dan á las catedrales de Zamora y vieja de Salamanca.

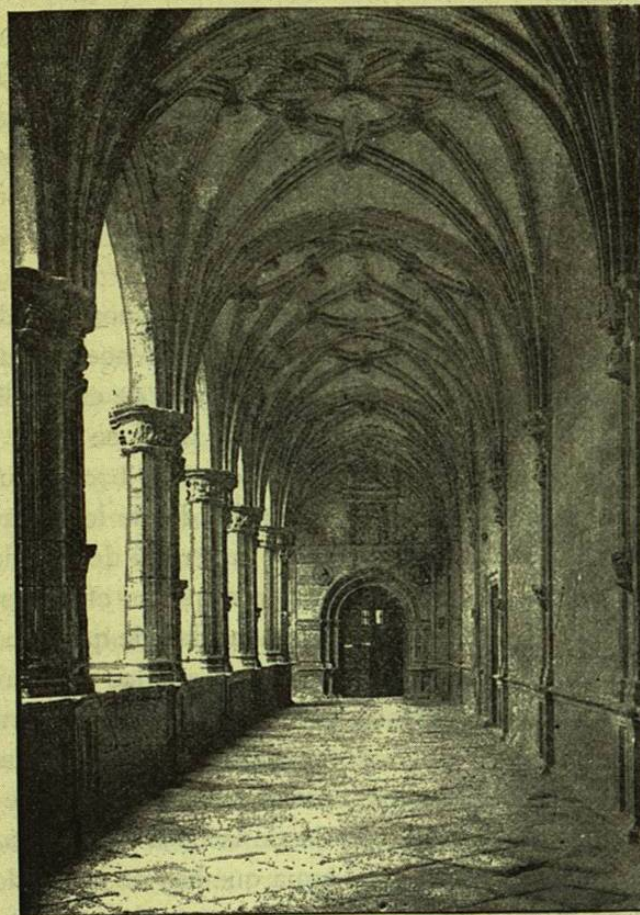
Después de la detenida descripción que te he hecho de la parte principal de este monumento, espero no me echarás en cara que pase en silencio lo relativo á la Casa de la Comunidad, á la Universidad y á las Escuelas de Filosofía de Hirache. Ni

el convento y sus dependencias, ni el aposento del Abad, ni el refectorio, ofrecen cosa notable. En cuanto al Colegio ó Escuelas, sólo el *Salón de Grados* tiene algún carácter artístico por la bóveda de crucería que le engalana, plateresca como la que vimos en la Sacristía.

A la vera del robledal, que bajando de Montejurra me presta su sombra hasta la carretera, tengo, esperándome para continuar mi excursión, el carruaje que apalabré en Estella. Es un birlocho de dos ruedas, verdadero *tilbury* del antiguo régimen, pero de un color que ya no se sabe lo que fué, tirado por un cuadrúpedo que no se sabe tampoco si es rocín ó cabra, y conducido por un zagalón navarro del cual sé muy bien, en honor suyo, que no es lo que parece. No tengo en este vehículo puesto que ofrecerte, consecuente lector mío; á bien que tú no lo has menester, porque te me apareces por encantamento y te tengo á mi lado siempre que ocurre algo bueno que comunicarte.—¡Adiós, Hirache! el que te hizo te colocó en un paraíso: tienes á tu frente las pintorescas cuestas de Estella, que recuerdan los horizontes de Claudio de Lorena; á uno de tus costados, las faldas de Montejurra, en que contrasta la esmeralda de los viñedos con el verde azulado de los olivares; á tu espalda, los encinares y los bojés de las zonas más templadas! Y también en este paraíso impera la muerte: y con qué cortejo de horrores! Revolvía yo en la imaginación los recuerdos que naturalmente despierta un suelo donde, á despecho de su encantadora belleza, nuestra última y deplorable guerra civil pareció clavar con predilección sus ominosas tiendas; y después de saludar por la postrera vez á Monjardín, que acopia en su eminencia destrozos de Marte con galas de Flora, al recitar para mis adentros aquella soberbia octava de Calderón:

Yo, divino profeta Daniel,
de todo lo nacido soy el fin:
del pecado y la envidia hijo cruel,

abortado por áspid de un jardín:
la puerta para el mundo me dió Abel,
mas quien me abrió la puerta fué Caín, etc.



CLAUSTRO DE HIRACHE

se detuvo mi birlocho por instintiva sugestión de mi conductor en el pueblecillo de Azqueta, y se brindó aquel á acompañarme á Igúzquiza y su famosa sima, lugar donde la sañuda reina de los hijos de Caín alzó su trono. No quise detenerme, porque me

urgía recoger impresiones de muy distinto género, y preferí referirme á lo que sobre la historia de esta terrible sima narra Mañé y Flaquer en su *Oasis*, donde todos los recuerdos más interesantes de nuestra guerra civil se hallan perpetuados de mano maestra.

IGÚZQUIZA es una pobre aldea situada en terreno quebrado y entre peñascos de particular estructura. Tiene el pueblo unas cuarenta casas, entre ellas un palacio antiguo, propiedad de los marqueses de Vesolla. Cuando aquel distinguido escritor hacía su viaje por Navarra (1), aún vivía un testigo presencial de la formación de la renombrada *sima de Igúzquiza*.

En los primeros años de este siglo, unos cazadores de conejos pusieron á un niño del pueblo en acecho en un sendero antes de romper el alba: al poco rato de estar allí, vió el niño á la luz del crepúsculo que cerca de él se había hundido el terreno, dejando un agujero parecido á la boca de un pozo. Echó á correr azorado hacia el pueblo, donde los cazadores le recibieron bastante mal, dudando de la verdad de su relato: por fin fueron al sitio designado, y hallaron que en efecto era cierto lo referido por el niño, con la particularidad de que la boca presentaba ya dimensiones mucho mayores que las que tenía en el momento de abrirse. Desde entonces se ha ido agrandando siempre, y hoy sobrecoge de espanto al que hunde la mirada en ella. Según los sondeos practicados últimamente por el cuerpo de Ingenieros militares, desde la boca de la sima, que es vertical, hasta la superficie del agua que hay en su fondo, se miden unos 65 metros de profundidad, que con los 26 que tiene el agua, dan un total de 91 metros.—Esta sima se hizo famosa, así en España como fuera, por la circunstancia de que el guerrillero carlista Rosa Samaniego arrojara en ella las víctimas, diz

(1) Sería esto hacia el año 1877, porque el *Oasis* del Sr. Mañé y Flaquer lleva la fecha de 1878.

que en bastante número, inmoladas á la seguridad de su partido, y quizá también á sus pasiones personales. La sima se halla situada á tiro de fusil del pueblo.—De éste nos dice el que escribió á fines del siglo pasado para la Real Academia de la Historia la relación de los pueblos del valle de Santesteban, que tiene iglesia parroquial, dedicada á *San Andrés*, obra antigua (románica sin duda alguna) en cuya puerta se ostenta el lábaro de Constantino, y en cuyo interior presenta la capilla mayor trofeos de guerra, como banderas, un morrión de hierro, unas manoplas y unas espuelas, sin que se sepa á quién pertenecían. Tiene este pueblo un monte robledal, y en su centro una decente ermita consagrada á la purísima Concepción.

LUQUIN Y URBIOLA.—Son como dos lugares gemelos, colocados á corta distancia el uno del otro, por entre los cuales pasa la carretera que baja á Losarcos y Viana. En Luquin, que es el que cae á nuestra mano izquierda en un pequeño repecho á la falda del Montejurra, hay una iglesia parroquial titulada de *San Martín* y una muy devota basílica de Ntra. Sra. que lleva juntas las dos advocaciones de *la Virgen del Milagro* y *la Virgen de los Remedios*. La parroquia es una buena fábrica greco-romana de orden corintio con portada de bello efecto: la basílica de la Virgen es un santuario que recuerda la *Virgen de la Paloma* de Madrid por el extraordinario número de los ex-votos pendientes de sus paredes. Gran fama de obradora de prodigios debe de gozar la imagen *del Milagro* cuando tantas demostraciones acumula de la gratitud de sus favorecidos. De ella cuentan—y en esta tradición se ve como un reflejo de la leyenda relativa á la *Virgen del Puy* de Estella—que no consiente que la vistan, así como aquella no consintió que la mudasen de lugar. En cuanto á interés artístico, ninguno ofrece esta efigie, obra de un adocenado escultor del siglo pasado.—La *Virgen de los Remedios* presenta visos de muy regular antigüedad y se asegura que es de las *aparecidas*; pero ¿quién es capaz de juzgar de su forma con las ropas que la abruma? El improvisado y compla-

ciente *cicerone* que me salió al encuentro á la subida al pueblo, me dice que la imagen no tiene de talla más que la cara y las manos, y si esto fuera cierto, sería la sagrada estatuilla tan visigoda (que esto quiere decir *aparecida*) como yo mameluco. La iglesia está materialmente invadida de una verdadera plétora de churriguerismo: sus inmensos retablos de columnas salomónicas, historias hornacinas, cornisas y frontones poblados de gámbinas, tan exuberantes y abultados que casi se tocan unos con otros los altares, producen la confusión y el vértigo, y si al observar aquel recargado presbiterio no te ases fuertemente á la gran verja que separa la nave del crucero, corres peligro de caer al suelo víctima de un vahido.—La parroquia tiene fama de poseer magníficos ternos: la ausencia del rector me impide examinarlos: veremos si hay modo de suplir esta privación con algún informe verídico.—¿Qué historia tiene Luquin? Al referir la bárbara matanza de los hebreos de Estella, dijimos ya la gran parte que en ella habían tomado el Concejo y los pobladores de este pequeño burgo. Que tuvo palacio, es innegable: en él se conservaba, cuando el P. Alesón proseguía los *Anales* de Moret, el instrumento público, con la firma y sello del rey Don Felipe *el Noble*, por el cual absuelve éste al referido Concejo de parte de la pena en que por aquellos excesos había incurrido.—Este palacio no es hoy otra cosa más que un caserón.

Me dicen que el párroco ha ido á Urbiola á comer con su amigo el rector de este lugar vecino, y á Urbiola me dirijo. Celébrase allí la fiesta de San Simón, á quien está consagrada la parroquia, y aunque sospecho que mi presentación en el lugar, y con el objeto que me guía, ha de parecer algo intempestiva, allá me voy, y me entro en mi tálbury hasta cerca de la plaza, donde veo reunidos los mozos de la localidad, tan garridos y lucios con su traje de día de fiesta. Pero me castigó el cielo por el profano intento que me llevaba á interrumpir el religioso solaz del vecindario: porque al apearme del birlocho, alardeando de más agilidad que la que comportan mis años, quise hacerlo sin

poner el pié en el estribo, demasiado próximo á la pulverulenta rueda, y al dar el salto, engánchase el faldón de mi gabán en el hierro del delantero, pierdo el impulso en medio del descenso, y pego en el duro suelo una costalada mayúscula. Los mozos del lugar, sin acortar la distancia que de ellos me separaba, presenciaron impasibles mi batacazo, y creí advertir en aquella gente algunos guiños poco lisonjeros. Mi aparición allí, de tan grotesca manera, harto justificaba en verdad que se me recibiese con alharaca, por lo cual todavía he de agradecer á su prudencia que se limitaran á comprimir la risa, respetando mi bochorno. Mientras me sacudía el polvo, en lo cual el zángano de mi cochero tomaba muy poca parte, observé que dos graves eclesiásticos me miraban desde lejos: estaba el uno con sotana y bonete, traje como de casa, y el otro con rozagantes hábitos de paño fino y flamante y sombrero de teja muy nuevo que me le revelaban como extraño entre aquellos grupos. Diríjeme á este último muy humilde: él me recibió con naturalidad y bondad: expúsele mi deseo de ver los ornamentos de su iglesia; comprendí por su lenguaje que era sacerdote instruido y no extraño á las antigüedades: me dijo que de ternos de la época del renacimiento—pues de objetos de la Edad-media no había que hablar—sólo tenía una casulla con tiras de grutescos y algo de imaginería en sedas de colores, que había hecho armar de nuevo sobre estofa de buena calidad para preservarla de la destrucción. Con la seguridad de ser aquello todo lo que la iglesia de San Martín poseía de más antiguo, despedíme de él, y como remate de aquella breve conferencia arqueológica habida en la plaza del lugar, después de los mutuos ofrecimientos de uso y costumbre, me separé de ambos párrocos y me dirigí, precedido de mi tosco auriga, hacia una casucha de la misma plaza, donde una bandera que salía de una ventana con una imagen de San Simón, pintarrajeada á la intención de algún judío de los que había inmolado el concejo de Luquin en el siglo XIV, y el vocerío de los mozos que comían y bebían dentro de ella, me dió á

entender que podría allí restaurar con algún rústico *lunch* mis enflaquecidas fuerzas. No había en el lugar otra clase de *restaurant*, cosa que no dejó de causarme extrañeza sabiendo que en Urbiola se celebraban hasta hace pocos años las juntas generales del valle, solemnidades que forzosamente habían de traer á ella muchos forasteros. Allí nos dieron pan, vino, queso y rosquillas, y á los pocos minutos partimos para Losarcos, villa importante que dista de Urbiola casi lo mismo que Urbiola de Estella.

LOSARCOS.—Esta villa fué favorecida con fueros y privilegios desde la segunda mitad del siglo XII: en 1175 el rey don Sancho *el Sabio* le concedió, entre otras cosas, que sus habitantes no diesen *fornaje* ni *carnaje* al señor que tuviesen, ni aun al rey; que por ningún juicio saliesen del pueblo, ni tuviesen fuero de batalla ni de hierro; que no fuesen á hueste ó cabalgada, aunque el rey estuviese cercado en castillo; y otros privilegios que puedes ver impresos (1). En 1273 el rey D. Enrique concedió al concejo de Losarcos que ningún prestamero que tuviese la villa por honor del rey, ni el merino, ni otro hombre alguno pudiese poner preboste en ella, y que si el rey lo pusiese, recayera el oficio en vecino franco de la misma villa. Otros privilegios obtuvo ésta en el siglo XIV, sin que podamos rastrear por ellos la gran importancia que, como en seguida veremos, debió de alcanzar esta población en dicha centuria. Dícenos, sí, los documentos del precioso archivo de Comptos, que á fines de ese siglo XIV fueron derribadas todas las casas de sus arrabales para hacer fortificaciones, á causa de las guerras que don Carlos *el Malo* tuvo que sostener con Castilla; mas el haber

(1) En Yanguas, *Dic. de Antig.* art. LOSARCOS. No sabemos qué clase de pecha era ésta del *fornaje* y *carnaje* de que libertó D. Sancho *el Sabio* á los vecinos de Losarcos. Acaso en vez de *fornaje* deba leerse *fornaje*, y en tal caso la franquicia puede referirse á alguna pecha ó tributo sobre hierbas ó pastos y ganados. También podría ser esa exención de *fornaje* la liberación de un tributo que consistiese en la obligación de cocer el pan para el señor ó para el rey sin cobrar *hornaje*.

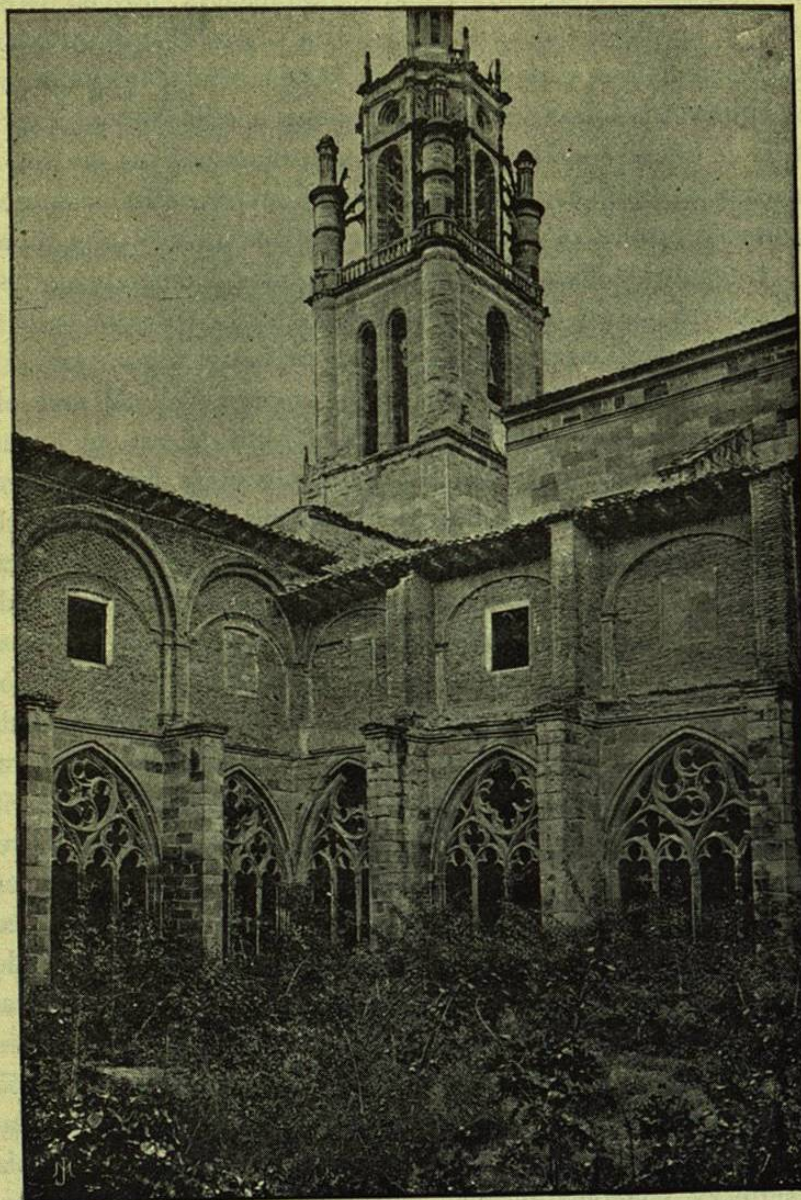
fortificado á Losarcos no parece razón suficiente que explique la existencia en este pueblo de una iglesia con un soberbio claustro digno de una catedral. Sabemos que la villa de Losarcos y las otras cuatro de su partido (1) fueron agregadas á Castilla en virtud de la sentencia de compromiso dada por Luís XI de Francia en las diferencias que mediaron entre los reyes D. Juan II de Navarra y D. Enrique IV de Castilla, por la cual se adjudicó al castellano toda la merindad de Estella: consta que el rey D. Enrique dió poder al Dr. Diego Gómez de Zamora y al famoso alcaide de Antequera, Fernando de Narváez, en julio del año 1463, para que á su nombre tomasen posesión de la merindad y recibiesen el juramento de fidelidad de sus pueblos; y que si bien en estos por lo general hubo resistencia siguiendo el patriótico ejemplo de Estella, Losarcos y su partido se sometieron, y continuaron formando parte de Castilla hasta mediado el siglo XVIII, en que volvieron á Navarra. Tenemos, pues, que la villa de Losarcos era castellana en la época en que se erigía el soberbio claustro de su templo de Santa María.

El Sr. D. Simeón Ibarra, culto y hospitalario eclesiástico que desempeña la cura de almas en esta parroquia, aunque con ejemplar modestia se confiesa extraño al arte y sus producciones, sabe con arte exquisito, que inconscientemente posee, hacer grata la permanencia en la histórica villa al forastero que á él se dirige. No necesitó ver en mi mano la circular con que me armó el cariñoso obispo de Pamplona, dirigida á todos los párrocos de su diócesis, para brindarme desde luego con su mesa: rehusé el agasajo, porque precisado por mi falta de salud á guardar cierto régimen higiénico, tenía ya encargada mi comida en el parador de la plaza donde me apeó mi auriga; acepté de él, y de otro eclesiástico que le acompañaba, una taza de buen

(1) Sansol, Torres con la granja de la Monja, el Busto y Armeñanzas con la granja de Imas.

café, y sin tomarse ellos tiempo de sobremesa, porque yo aprovechase mejor el mío, se pusieron sus manteos, tomaron sus sombreros, y ambos se dirigieron conmigo á la iglesia.

Difícil le ha de ser hoy al más experto escudriñador de fábricas arquitectónicas, determinar qué siglos han aportado su contingente al templo que tenemos á la vista. Por algunos accidentes de su puerta del norte, como son su planta y su arco abocinado, ya aquí se descubren vestigios de una construcción románica ó gótica del primer período, sin embargo de la decoración plateresca con que se halla engalanada. — El interior presenta una sola y espaciosa nave, con capillas profundas á los lados: hoy su decoración arquitectónica pertenece al estilo greco-romano bastardo; pero sospecho que bajo sus pilastras, entablamentos y platabandas, está enmascarada toda la fisonomía propia de un templo ojival del xv. No aseguraré que haya sucedido con esta iglesia de la *Asunción* de Losarcos lo que sucedió con ciertas parroquias de Córdoba y de Sevilla, que conservaban intacta su estructura ojival bajo el disfraz greco-romano con que se las abrumó en épocas de abundancia y de mal gusto; sin embargo, valdría la pena de hacer la prueba, y de ver si rota por algún lado la espesa costra de yeso que remeda los miembros decorativos de la ordenación greco-romana, asoma por debajo alguna parte de la ordenación ojival terciaria. Parece ahora esta iglesia de *la Asunción* todo menos un templo cristiano: el churriguerismo que la ha invadido, la ha trocado en una especie de salón destinado á espectáculos profanos. ¿Quién, en efecto, se hubiera jamás figurado que un santuario pudiera decorarse como un salón, con paños de flores y ramajes sobre fondo de plata y oro? Ha debido costar un dineral este infelicísimo adorno de tela pintada, porque el fondo está formado de tableros de madera, y á estos tableros se halla encolada la tela, la cual, sobre un campo de tisú, prolijamente figurado á pincel hasta en la trama de sus hilos, lleva encima, pintados igualmente, ramos y flores de color entre carminoso y castaño, vetusto y feo,



LOSARCOS.—TORRE Y CLAUSTRO DE SANTA MARÍA